

Incluso A Mí
Lucas 1:39-55
20 de Diciembre de 2020

Por esos mismos días, María fue de prisa a una ciudad de Judá que estaba en las montañas. Al entrar en la casa de Zacarías, saludó a Elisabet. Y sucedió que, al oír Elisabet el saludo de María, la criatura saltó en su vientre y Elisabet recibió la plenitud del Espíritu Santo. Entonces ella exclamó a voz en cuello: «¡Bendita eres tú entre las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre! ¿Cómo pudo sucederme que la madre de mi Señor venga a visitarme? ¡Tan pronto como escuché tu saludo, la criatura saltó de alegría en mi vientre! ¡Dichosa tú, que has creído, porque se cumplirá lo que el Señor te ha anunciado!»

Entonces María dijo: «Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador. Pues se ha dignado mirar a su humilde sierva, Y desde ahora me llamarán dichosa por todas las generaciones. Grandes cosas ha hecho en mí el Poderoso; ¡Santo es su nombre! La misericordia de Dios es eterna para aquellos que le temen. Con su brazo hizo grandes proezas, y deshizo los planes de los soberbios. Derrocó del trono a los poderosos, Y puso en alto a los humildes. A los hambrientos los colmó de bienes, y a los ricos los dejó con las manos vacías. Socorrió a su siervo Israel, y se acordó de su misericordia, de la cual habló con nuestros padres, con Abrahán y con su descendencia para siempre.» (Lucas 1:39-55)

La canción favorita de mi infancia dice así: “Dios me ama mucho, me da salvación; Dios me ama mucho, me ama hasta a mí. Así que otra vez diré: Dios me ama mucho, Dios me ama mucho, me ama incluso a mí”. Y lo que siempre me afecta (francamente me parte el alma) son esas cinco palabras: “me ama incluso a mí”. ¿Comprenden lo que les quiero decir?

¿Quién realmente puede comprender el amor que Dios siente por los pecadores? ¿Quién puede razonar sobre el amor de Dios hacia aquellos quienes han rehusado ese amor y que incluso se han levantado contra Él?

En el Evangelio de hoy, “hasta a mí” es exactamente lo que movió la consciencia de Elisabet, la madre de Juan Bautista, y la de María, la madre de Jesús también.

Veamos primeramente a Elisabet. Recordemos que Elisabet era estéril. En otras palabras, no había esperanza para que ella tuviera hijos(as). Pero, como para Dios nada es imposible, ella queda encinta y lleva ya seis meses de embarazo cuando María la visita. Esto es exactamente lo que el ángel Gabriel le había dicho a María en los versículos anteriores, así que María se da prisa en ir a ver a Elisabet. Cuando llega María, ¿cuál bebé es el tema de discusión? ¿El de Elisabet o el de María? Escuchemos nuevamente lo que dijo Elisabet: “¿Cómo pudo sucederme que la madre de mi Señor venga a visitarme?”. Llena del Espíritu Santo, Elisabet sabe exactamente quién era el bebé que estaba dentro del vientre de María y se maravilla que ella la esté visitando. Hasta el bebé que se estaba gestando en el vientre de Elisabet saltó de gozo por la visita.

Pongamos todo esto en perspectiva. El embarazo de Elisabet no fue menos importante y milagroso. El niño en su vientre cumpliría la profecía del Antiguo Testamento de aquel que prepararía el camino del Señor. Mas para Elisabet, su embarazo no se podía comparar con el de María por esta sencilla razón: Elisabet sabía muy bien quien era Aquél que se desarrollaba en la matriz de María y es por eso que “aclama al Dios encarnado”.

Elisabet también reconoce la misión del Dios encarnado. Veamos el versículo 45: (Elisabet le dijo a María) **“¡Dichosa tú, que has creído, porque se cumplirá lo que el Señor te ha anunciado!”**. ¿Qué es lo que se cumpliría? Jesús realizaría lo que Su nombre indica y salvaría al mundo del pecado. En otras palabras, Elisabet sabe que el niño dentro del vientre de María es el Cristo que ha irrumpido en la historia universal para llevar a cabo el plan de salvación de Dios para un mundo repleto de humanos pecadores. La espera ha concluido. Ha llegado el Mesías. La promesa de Dios a Abraham se está cumpliendo. El poder entender quién es Jesús y por qué vino al mundo es lo que ultimadamente lleva a Elisabet a exclamar: **“¿Por qué me ha favorecido tanto Dios?”**. No podía asimilar que Cristo el Señor, ante cuya presencia estaba, había venido incluso a ella.

Con María no era tan distinto. Movida por las palabras divinamente inspiradas de Elisabet, comienza a entonar versos. Dice: **“Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador. Pues se ha dignado mirar a su humilde sierva, Y desde ahora me llamarán dichosa por todas las generaciones. Grandes cosas ha hecho en mí el Poderoso; ¡Santo es su nombre!”**. ¿Pueden distinguir lo maravillada que está María de que hasta incluso a ella ha venido Jesús?

Mientras María reflexiona sobre lo que su embarazo significa para ella y para su pueblo, todo su ser comienza a alabar al Dios Altísimo. En sus propias palabras podemos escuchar que se dirige a Dios como su Salvador por la mancha de sus pecados. También podemos escuchar que reconoce su bajeza al darse cuenta de la gran dicha que Dios le ha concedido. Ella nunca se imaginó que pudiera sucederle algo así. Era algo contundente e inimaginable. ¡Tanto amor! ¡Tanta dicha! ¡Tanta gracia! ¡Tanto poder! Para una joven humilde y tan simple.

Bien, pues ahora veamos juntas a María y a Elisabet. En aquel tiempo, ¿con quién podía compartir la noticia de su embarazo más que con Elisabet? Porque en la época en que esto ocurrió, ¿hubiera entendido José? ¿Hubiera entendido su familia? ¿Hubiera entendido la gente de Nazaret? Dense cuenta, por el poder y gracia de Dios, nosotros sí lo entendemos, 2000 años después. Y esa es la lección que debemos aprender de Elisabet y de María: Nunca perdamos el sentido de asombro y sorpresa que tuvieron Elisabet y María, envuelto por la gracia que Dios te ha mostrado, sí, incluso hasta a ti, para que reconozcas quién es Aquél que estuvo en el vientre de María y por qué vino al mundo.

Ah, sí. No se te olvide el por qué es que vino. Escucha otra vez lo que dijo María en los versículos 51-53: **“Con su brazo hizo grandes proezas, y deshizo los planes de los soberbios. Derrocó del trono a los poderosos, Y puso en alto a los humildes. A los hambrientos los colmó de bienes, y a los ricos los dejó con las manos vacías.”**

Estas palabras de María me hacen recordar lo que dijo Jesús en Lucas 12:51: **“¿Creen ustedes que he venido a la tierra para traer paz? Pues les digo que no, sino más bien división.”** Esa división la podemos ver claramente entre aquellos que creen y los que no, entre aquellos que son humildes y los que son soberbios, entre aquellos que confiesan tener necesidad de un Salvador y aquellos que se creen autosuficientes por sus propias obras. Aquellos que creen, son humildes y se arrepienten son los que serán elevados y gozarán de los bienes que Dios ofrece. Aquellos que no creen, son soberbios y se creen autosuficientes serán desechados y se quedarán con las manos vacías. ¿A cuál de estos dos grupos perteneces tú?

¿Eres como los maestros de la Ley y los fariseos que sabían que pecaban pero rehusaron el perdón que Jesús vino a ofrecerles? O, ¿eres como la mujer adúltera que sabía que merecía morir apedreada pero que recibió el perdón de Jesús? ¿Eres como el joven rico que prefirió sus riquezas terrenales que seguir a Jesús? O, ¿eres como Zaqueo que prácticamente se deshizo de todas sus riquezas porque prefirió recibir la misericordia de Jesús? ¿Eres como el ladrón en la cruz que insultaba y lanzaba improperios a Jesús y acabó muriendo condenado? O, ¿eres como el otro ladrón que sabía que había sido castigado justamente y acabó estando con Jesús en el paraíso? En cuanto a las preguntas que les acabo de hacer, ¿ven la diferencia entre “Cristo vino por mí” y “Cristo vino *hasta* por mí”? Ahora tal vez podamos tener una comprensión más profunda de por qué es importante que **“Cristo es el motivo de la Navidad”**.

La Navidad no se trata de nosotros, sino de Cristo el Señor y lo que vino a hacer por nosotros. Un poco diferente como lo vivieron María y Elisabet, pero no menos maravillosa, nuestra alabanza a Él no es por lo que llevaría a cabo, sino lo que ya cumplió. Por esto es que la segunda estrofa de la canción favorita de mi infancia dice: **“Jesús, mi Salvador, se ofreció; Jesús, mi Salvador, mi deuda pagó. Por eso otra vez diré: Dios me ama mucho, Dios me ama mucho, (díganlo) me ama incluso a mí”**. Indudable e innegablemente te ama incluso a ti. Feliz Navidad. Amén.

+++++

*Y que la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento,
guarde sus corazones y sus pensamientos en Cristo Jesús.*

Amén.